



**Artículos**  
de reflexión



# La corrupción, una pandemia en Colombia<sup>1</sup>

## Corruption, a pandemic in Colombia

<http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n39.a04>

1. Etimológicamente, corrupción viene del latín *corruptio* que significa, entre otras cosas, corrupción, alteración, seducción. Este sustantivo viene del verbo *corrumpo* cuyo significado es múltiple: corromper, echar a perder, alterar, falsificar, manchar, marchitar, descomponer, teñir, perder, arruinar, destruir, roer, disipar, pervertir, depravar, seducir, cohechar, sobornar, alterar las ideas de alguien, deshonorar. Este verbo viene de *cum* y *rumpo*. *Rumpo* es romper, destrozar, desgarrar, deshacer, quebrar, quebrantar, partir, violentar, ahogar, hender, separar, abrir, reventar, penetrar, violar, hacer brotar, interrumpir, prorrumpir, dejar escapar. *Cum* es con y siempre significa variedad de relaciones. Si unimos todas estas acepciones, el resultado es muy significativo: degeneración de las costumbres ciudadanas.

2. Este rodeo etimológico nos lleva al ámbito de la ciudadanía y de la cultura. La ciudadanía es el horizonte del habitar en comunidad para efectos de la convivencia. Es ser miembro activo de una comunidad política. Es el conjunto de relaciones que pactamos para que nuestro habitar ciudadano sea ordenado, armonioso como unidad en la contrariedad en medio de nuestras prácticas sociales siempre finitas e históricas y tocadas de contingencia. Es el significado de los mitos de caída en todas las culturas: somos finitos, lábiles y por ello tenemos la capacidad de hacer el mal. De ahí los intereses diversos y plurales que pueden llevar al desorden y al caos, no a regular, sin aniquilar, la contrariedad como parte de nuestra condición finita. Es que todos manejamos diversas formas de vida y normativas diferentes en cada contexto urbano. La ciudadanía intenta regular estas normativas diferentes desde la unidad en medio del diferir de las diferencias como dispositivo humano constante y torre de Babel. La ciudadanía entonces es un laberinto rizomático, es decir, de múltiples raicillas y redes. Es la paradoja de la ciudadanía: ordenar en el desorden, regular el rizoma de las múltiples gramáticas vitales pues somos a la vez, por la finitud, capaces del orden y del desorden. Somos como una balanza a la vez proporcionada y desproporcionada, dañamos y construimos, somos justos e injustos. Para regular esta paradoja nos hemos inventado la ley. Natural o positiva, cuestión muy disputada; ella, como sabía Agustín, intenta regular las realidades espirituales y corporales para lograr la paz como la tranquilidad del orden (*La ciudad de Dios*, XIX, 14) y la concordia

### Gonzalo Soto Posada

Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Doctor en Filosofía por la misma universidad. Doctor en Filosofía por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Docente e investigador universitario. Forma parte del grupo de investigación Religión y Cultura de la UPB.  
gonzalosoto@une.net.co

1. El siguiente texto fue la ponencia inaugural del XXXIV Simposio de Ciencias Sociales: *Corrupción en Colombia, ¿naturalizada?* y fue leído el 4 de septiembre de 2018 ante el público en el Auditorio Juan Pablo II de la Universidad Pontificia Bolivariana.

bien ordenada entre los hombres. Como el dinero, según Aristóteles, ella iguala las relaciones humanas en cuanto las vuelve conmensurables (*Ética a Nicómaco*, V, 5, 1133b). Es la tarea de los jueces como mediadores en medio de los conflictos humanos. A lo que los humanos hemos agregado, para bien o para mal, el uso de la espada como reguladora desde las autoridades de las desavenencias humanas. Todo ello puede corroerse como la sal, dada la finitud humana. Pero, es la forma de reducir la violencia, que nunca será aniquilada por el Caín que todos llevamos dentro. Así, constricción, violencia, disciplina, miento, coacción, fuerza, poder, conflicto forman el todo social. En esta totalidad envolvente proponemos una utopía: la justicia entendida como un no dañar al otro y el diálogo como ordenador de conflictos, con un horizonte: dada la contingencia humana dañamos y no dialogamos, nos vengamos, corrompemos, violentamos, calumniamos, pero también tratamos de construir un nosotros (Nussbaum, 2005) desde el horizonte de los maltratados derechos humanos, del ejercicio de la virtud y el espíritu público sirviendo a la comunidad y el bien público, buscando seguridad, bienestar social, protección, participación política, solidaridad (Walzer, 1997).

3. Estos planteamientos nos llevan a una posible ética de la solidaridad (Tischner, 1983). Ser solidarios es compartir la carga de los demás (p. 9) como solidaridad de conciencias (p. 12) en fraternidad (p. 19), diálogo (p. 21), reciprocidad (p. 23), esperanza (p. 26), servicio a la vida (p. 28), no explotación en el trabajo (pp. 31.38), colaboración (p. 36), servicio (p. 37), ciencia para todos (p. 55), arte como recta comprensión de lo que se debe crear y fabricar, no violencia activa, proponer sin oprimir (p. 97), trabajar la tierra sabiamente (p. 99), educación (p. 107), promoción de las relaciones familiares (p. 127), fidelidad en el diálogo (p. 134), sentido de la responsabilidad (p. 147), valentía en el pensar (p. 141).

Al lado de la solidaridad se pueden agrupar otras virtudes ciudadanas. Siguiendo a Victoria Camps (1996) podemos señalar, entre otras, la responsabilidad, la tolerancia, la educación, la educación en los sentimientos, justicia social, profesionalidad.

4. Martha Nussbaum ha planteado una categoría fundamental para la formación ciudadana: la de las emociones democráticas como formación en capacidades, no desde el utilitarismo sino desde el humanismo como práctica de la virtud en tanto dominio de las pasiones y manejo adecuado de las emociones. Esta tesis nos lleva a desarrollar el concepto aristotélico de *phrónesis* como fundamento de la formación ciudadana y posible regulador de la corrupción (Aubenque, 1999). Bien sabía el del Liceo, que la corrupción es *hybris*: inmoderación, tentación del absoluto, desmesura, lo que atenta contra la medida, desprecio. Frente a la *hybris*, nada mejor que la *phrónesis*,

vertida al latín como *prudencia* y desde esta traducción, al español como prudencia. Poco importa la traducción. *Phrónesis* se vincula en Aristóteles con el *kairós*, como instante preciso, adecuado, conveniente y oportuno (Soto, 2003). Es actuar deliberando, juzgando y decidiendo en el instante preciso de la manera más oportuna, conveniente y adecuada para estar a la altura de las circunstancias. En fórmula aristotélica: “Disposición práctica acompañada de regla verdadera concerniente a lo que es bueno y malo para el hombre” (*Ética a Nicómaco*, VI, 5, 1140b 20). El Aquinate, buen conocedor y comentador de Aristóteles, determina la prudencia como hábito práctico y recta comprensión de lo que debe hacerse (*Suma Teológica*, I-II, 57, 4; II-II, 47, 5 ad 3).

5. Cultura viene del verbo latino *colere*: cultivar, cuidar. Se trata de desarrollar las posibilidades humanas para que lo humano del hombre alcance cierto nivel de plenitud relativa. Cultura es una totalidad envolvente que remite al cultivo del hombre como un modo de superar, gracias a este cultivo, su naturaleza animal para hacerlo humano en su humanidad. Este hacerlo humano en su humanidad es humanizarlo cultivando todas sus posibilidades humanas en su despliegue. Así, entendemos por cultura lo que los griegos denominaron *paideia* y los latinos *humanitas*: el cultivo de la humanidad del hombre gracias a la formación de todas sus potencialidades como hombre. Con esta formación y cultivo de sus potencias el hombre se encuentra, habita, vive y mora en el mundo desde una morada: la cultura. Ésta es el sitio habitual del existir humano, como el campo es la morada de la agricultura. De ahí que el hombre sea el único animal cultural gracias a estos cuidados de su humanidad, lo cual le permite crear mediaciones simbólicas: familia, sociedad, Estado, ritos, cultos, lenguaje, moralidad, arte, técnica, empresas, utensilios, prótesis, saberes, signos, alimentos, proyecciones, proyectos, invenciones, ideas, creencias, poderes y un etcétera extenso e intenso. En suma: entendemos por cultura el cuidado y perfeccionamiento de las aptitudes humanas del hombre para que habite el mundo no como conjunto de cosas sino como morada existencial de la vida en sus retos, avatares y vicisitudes. La cultura es así la vida en su constante hacerse nunca hecho. La ética, en nuestra propuesta, se erige en el motor de este quehacer cultural como un despliegue de lo humano en su humanidad.

Tiene que ver con la *epimeleia* o cuidado de sí mismo (Foucault, 2002). Respecto a la categoría cuidado de sí, la hemos tomado del griego *epimeleia heatou* que los latinos traducen por *cura sui*, y de allí nuestra traducción, *cuidado de sí*. La *epimeleia* y su verbo *epimeleisthai* significan: *cuidado, solicitud, dedicación, atención, diligencia, dirección, gobierno*; sustantivos que conjugan su respectivo verbo y dan como resultado: *cuidar, preocuparse, estar encargado de, estar al frente de, tener a su cargo, cultivar, aplicarse, dedicarse, cuidar con todo cuidado, es decir, servirse*.

De este modo, uniendo ética, cultura y cuidado de sí, la ética es la cultura como el cuidado de sí en sus múltiples posibilidades y viabilidades conjugando el verbo servir: servirse a sí mismo en los otros y las cosas y los dioses (Soto, 1996).

6. Clave fundamental de la cultura y de la ciudadanía es la educación como tarea axiológica y formativa en valores. Partimos de una tesis: el valorar constituye al ser, el ser dice valer, conocer el ser es valorarlo, definir es valorar el sentido de las cosas: valoro, ergo soy. Todo valor es una relación consigo mismo, con los otros, con las cosas y con lo divino. En este contexto, es un bien tocado de bondad que se convierte en una obligación. Dejemos de lado la discusión si el valor es universal o culturalmente diferente. Lo cierto del caso es que valoramos. Es parte de nuestra condición humana. Es nuestra vocación. Como asevera Levinas, el rostro del otro clama a todo grito: no me matarás (Lefèvre, 1995). Somos seres, como dijimos, en relación con el otro. Por lo mismo, valorar es la actitud de estimar o rechazar algo, en la cuatripartita relación consigo mismo, el otro, lo otro y lo divino desde el valor como deber-ser. De este modo, *la realización social de los valores constituye precisamente la cultura* (Uribe, 2016, p. 254). La educación debe contribuir a la realización social de los valores que no es otra cosa que la ética como gramática de las relaciones humanas (Tischner, 1983, p. 44).

En este contexto, los aportes de Vattimo, Foucault, Deleuze, Levinas, Rawls, Habermas, Apel, Cortina, Macintyre, por mencionar algunos, son claves. Este último propone el redescubrimiento de la dimensión narrativa de toda tradición innovadora. La razón humana es fundamentalmente razón narrativa. Desde esta perspectiva, la ética se extiende a cuestiones históricas, literarias, antropológicas y sociológicas (Macintyre, 1992). Como razón narrativa es continuidad discontinua en cuanto el presente es inexplicable sin el pasado pero irreducible al pasado. Se piensa desde la tradición, pero no dentro de la tradición. Así, el concepto de lo bueno es tradicionalmente nuevo. En ello, la educación es clave desde lo que hemos llamado *phrónesis* como un universal particularizado y educación de las pasiones en unas relaciones políticas específicas que tienen que ser dilucidadas.

Aquí viene en nuestra ayuda Zubiri (1982). El hombre es un animal de mundo. Tiene que conquistar la virtud respondiendo a sus necesidades y a sus respuestas, lo cual lo hace responsable. Es una dignidad de fin en relación social comunalmente y con decisiones conjuntas. Su vivir es convivir. De ahí la amistad y la historia como proyecto vital en tanto religado a la realidad como su horizonte de hominización y realidad personal que crea hábitos de vida desde el nutrirse, sentir e inteligir como inteligencia sentiente en sus momentos históricos de decisiones optativas y biográficas desde la *phrónesis* como praxis en tanto un saber actuar en la vida en su conjunto total (Zubiri, 1983), prefiriendo el bien o el mal.

Es que el bien es difusivo, se difunde y el mal está difuso o difundido ubicuamente. El bien existe y el mal resiste. Ambos hay que asumirlos con radicalidad. En ello consiste la libertad y el constituirse como sujetos humanos en tanto forma de vida como obra de arte: que el sujeto sea artista de su propio *ethos* que puede apreciar y transgredir en su devenir histórico como crítica y experimentación que no está hecho sino que se hace, no es un participio sino un gerundio: yo soy el que aún no soy. Somos, como dijimos, seres finitos, limitados, pero en constante devenir como seres libres en una ontología histórica de nosotros mismos que enfrenta la positividad del bien y la negatividad del mal como condiciones ontológicas del ser humano. Somos ateos y religiosos, instintivos y espirituales, destructivos y constructivos. Por ello, vivimos en constante conflicto entre la posibilidad del mal y del bien, pues donde crece el peligro crece también lo que salva. Donde brilla la oscuridad también resplandece la claridad, nos movemos entre lo opaco y lo brillante. Esta conflictividad es la esencia de la conciencia ética. Somos satánicamente dioses, caos y orden, asociación y disociación, flores y porquerías, *eros* y *thánatos*, luces y sombras, humanos e inhumanos, virtudes y vicios, verdad y mentira, paz y violencia, perdón y poder de oprimir, justos e injustos, racionales y animales, autónomos y heterónomos, con brújula y desorientados.

Esta ética hermenéutica de la pureza y la suciedad, de la rectitud y lo torcido, de lo elevado y lo rastrero es nuestro ser en el mundo y nuestra comprensión del sentido de lo humano. Es nuestro *Da-sein como ser ahí y ahí del ser*. Somos sujetos interpretantes de la situación como proyecto en cuanto seres arraigadamente libres y condicionados, temporales, históricos y lingüísticos que dialogan monologando como identidad narrativa intrigante abiertamente cerrada.

7. De este modo, somos caóticamente ordenados. Nuestros medicamentos, como lo expresa su categoría griega de *phármakon*, son dones envenenados. Habitamos el mundo azarosamente admirados como seres terriblemente fascinantes. Nada escapa a esta condición, ni siquiera la cultura como relación (Uribe, 2009). Somos naturaleza, arte y azar (Moreno 2006) *teratomórficamente* maravillosos: monstruos bellamente actuando. La cultura es bellamente fea, buenamente malvada, fascinantemente temible. Toda creación humana está tocada de orden y confusión, honestidad y corrupción, la contrariedad nos habita y es nuestra condición de seres finitos y lábiles capaces de lo sublime y de lo peor. Somos como máscaras que asumen un papel trágico cómico, serio y risible. Somos los arlequines culturales, bufones en la corte de la cultura. El orden caótico es nuestra construcción destructiva. Cual espada de Damocles somos cuchillos que penden de un cabello para ser desatados. Como espadas afinadamente pulidas cortamos para bien o para mal. Al fin y al cabo, el sueño de la razón produce monstruos. Es la cultura como economía del don y del capricho,

sutilmente pendiente de un hilo que azarosamente se puede cortar. Como el camaleón nos vestimos de diversos y múltiples roles. Somos la reencarnación del mito de Proteo y Prometeos encadenados en la caja de Pandora. Es nuestra esperanza desesperada que habita siempre desde el oxímoron el mundo como oscuridad brillante, tocada por la tragicomedia de lo humano. Es que el *pólemos* (guerra, combate, choque, lucha, conflicto, batalla, contienda), como lo sabía el oscuro de Éfeso, es el padre de todas las cosas. Somos sus hijos. Cual soles iluminamos, deslumbramos y enceguecemos. Hay que vivir positivamente el conflicto (Zuleta, 1998).

8. Si tal es la condición humana, la corrupción ha anidado en estas latitudes desde la invasión española, llena de alturas y bajezas, luces y sombras, paz y guerra, construcción y destrucción, corrupción y honestidad (Branding, 1998). Muy bien retrata esta condición el debate en Valladolid entre Juan Ginés de Sepúlveda y Fray Bartolomé de Las Casas. Fue una invasión de santos y demonios. Desde entonces nos debatimos entre corrupción y lucha contra la corrupción. Bien lo desvela la célebre *Carta de Jamaica* de Simón Bolívar de 1815: “*Siempre las almas generosas se interesan en la suerte de un pueblo que se esmera por recobrar // (folio 11) // los derechos con que el criador y la naturaleza le han dotado*” dice el Libertador (Bolívar, 1815/2015, p. 15).

Y continúa:

y que por otra parte no somos Yndios ni Europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores Españoles; en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento; y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos á los del país, y que mantenernos en él contra la opinion de los invasores; así nos hallamos en el caso mas extraordinario y complicado (p. 17) . Así que: cuando el gobierno, por su esencia, ó por sus vicios holla y usurpa los derechos del ciudadano ó subdito (p. 17) estamos dominados de los vicios que se contraen bajo la direccion de una nacion como la Española, que solo ha sobre salido en fiereza, ambicion, venganza y Codicia (p. 23). Frente a ello sólo cabe que por efecto del instinto que tienen todos los hombres de aspirar á su mayor felicidad posible: la que se alcanza infaliblemente cuando ellas estan fundadas sobre las bases de la justicia, de la libertad y de la igualdad. (p. 23). Por estas razones, pienso que los Americanos, anciosos de paz, ciencias, artes, comercio y Agricultura preferiran las Republicas á loz Reynos (p. 25).

Advierte en forma tajante que el oro lo corrompe todo (p. 27) y que sólo la fuerza moral de la masa puede luchar contra ello (p. 30) así como las virtudes y los talentos (p. 31).

La corrupción se pasea hoy por todos los ámbitos de la cultura y la ciudadanía. Es un hábito. El nombre griego para hábito es *héxis* que significa primordialmente

manera de ser, estado, principalmente del alma. Platón ya lo sabía: *es una manera de ser de las almas (Leyes, 650b)*. Y añade: *es de gran utilidad... para el arte político (650b)*. Obviamente no se refiere a la corrupción sino a otro hábito: la virtud. Aristóteles piensa que el hábito es una disposición del alma (*Ética a Nicómaco, 2, 5*) que se llama virtud o vicio y que nace de la repetición de actos, siendo un arte, un saber hacer (*Retórica, 1,1*).

El Aquinate, buen conocedor de Aristóteles, determina el estatuto del hábito como las disposiciones según las cuales un sujeto está bien o mal dispuesto (*Suma Teológica I-II, 49, 2, ad Resp.*). Es así una disposición permanente. De ahí que la virtud sea un hábito que nos dispone de manera permanente para realizar acciones buenas (I-II, 54, 3, ad Resp.). El vicio es lo contrario.

Avanzando en el tiempo, a principios del siglo XVIII, Montesquieu, en concordancia con lo afirmado por Bolívar en su *Carta de Jamaica* aseveró con rotundidad: *“si quieres que tu país progrese, debes pensar más en cómo mejorar el talante moral de la gente y menos en cómo mejorar sus leyes* (Citado por García, 2018, p. 36)<sup>2</sup>. Es que *el derecho sin las costumbres... no sirve de mucho*” (Citado por García, 2018, p. 37)<sup>3</sup>. Henos de nuevo en el campo axiológico y la educación como formación en valores, ya tratado. Una moral desde códigos y no costumbres es necesaria pero no suficiente. Se trata entonces de constituir al individuo en sujeto moral de sus propias acciones, en artista de su propia vida como obra de arte ética desde la libertad como práctica reflexionada y actitud crítica repleta de veracidad, honradez y servicio empapados de solidaridad. Es cierto que, como dice De Romilly (2010, p. 103), un apego vívido a las leyes de la ciudad ayuda, pero ante todo sirve cultivar un amor constante por la vida y sus bellezas. Es lo que la categoría griega *aidós* significa: respeto y dignidad. En expresión de Pericles hablando de Atenas: *“amamos lo bello y vivimos con simplicidad, y nos gustan la ciencia y la sabia disciplina”*. O en expresión de uno de los siete sabios griegos, Pítaco, el Lesbio: *“cultiva la piedad, la educación, la templanza, la sensatez, la veracidad, la fidelidad, la experiencia, la destreza, la camaradería, la solicitud, la economía, las artes”*. Se debe cultivar la *parrhesía* o veridicción como libertad y coraje da hablar con franqueza y libertad de palabra. El *parrhesiastés* es el franco de palabra en su veridicción. El verbo *parrhêsiazesthai* remite al hablar u obrar con seguridad y franqueza. No sin razón, Séneca lo traduce por hablar con libertad lejos de todo exceso, pleno de medida, templanza, moderación, confianza (Foucault, 2010).

En este orden de ideas es cierto que no habitamos en una platonópolis pero sí podemos mejorar en algo nuestro morar en la ciudad como nuestro *oikos* o casa de habitación desde la relación *ethos* y *polis* (Torres, 2003) como obligaciones y consejos en tanto arte de vivir como camino que reflexiona sobre la *areté* como excelencia virtuosa. O en términos spinozistas como

2. Citado por Mauricio García Villegas. *¿Cómo recuperar la ética pública?* En: *Semana*. Edición especial (2018) 36

3. *Ibid.* p. 37

*conatus* o potencia hacia una vida buena, como tendencia hacia el bien. En esta teleología la educación es clave como aprender a hacer, a ser, a aprender y a convivir en palabras de la Unesco (Soto *et al.*, 2017). Para ello, es fundamental el diálogo como palabra que dando razones tiende puentes en medio de la contrariedad. Este tender puentes no aspira a la uniformidad sino a la unidad como posible coincidencia de opuestos en expresión heraclítea. Esta palabra tendida vuelve común los asuntos de la ciudad y crea los vínculos de ciudadanía y civilidad como un saber vivir en común. Este saber es una poética vital como creación de vínculos que religan al *civis* (ciudadano) a la ciudad. Es otra función de la educación: formar ciudadanos para la convivencia en el diferir de las diferencias. Esta convivencia en la diferencia supone la alteridad y ésta, en lenguaje kantiano, es la dignidad del otro, no como medio sino como fin. Esta consistencia dialógica radical es apertura al otro intentando configurar un nos-otros sin solipsismos narcisistas. La educación definitivamente es demiúrgica. No es un instrumento como mero medio de información sino una creación en el arte de conducir y guiar. En palabras de Isidoro de Sevilla:

Aprende lo que ignoras, no salgas doctor inútil. Sé, por de pronto, discípulo para que seas doctor, por la aplicación has de conquistar el nombre de maestro. El bien que oyeres, dilo, el bien que aprendieres, enséñalo. No desdeñes el cuidado de aprender y de enseñar. La ciencia que concibes por el oído, espárcela por la boca. Al impartir a los demás tu sabiduría, para ti mismo la acrecientas. Cuanto más ampliamente se diere la doctrina, tanto más abunda. La sabiduría, dándola se acrece, reteniéndola mengua; difundiéndola, más rebosa, y cuanto más se comunica, más abunda (*De los Sinónimos* II, 65).

Es cierto que la educación no está exenta de aflicción, agitación, vacilación, angustia, dolor, infortunio, sinsabor, adversidad, miseria, desgracia, angustia... Sin embargo, es un camino hacia la formación en valores y la convivencia, es una vía para luchar contra la corrupción, evitar la maldad, conocer y desear el bien, acercarse a la *phrónesis*, acrecentar la honestidad, buscar la rectitud, afinar el arte de vivir, atinar en la capacidad de razonar, fomentar el respeto de la diferencia, hacer crecer el recto juzgar de los acontecimientos, dotar de sentido el trayecto vital, recordar el pasado, vivir el presente, esperar el futuro, concurrir en la afinación de la amistad, corregir a través del ejemplo, modelar en la templanza, cavar en el cuidado de sí, de los otros, de las cosas y de lo divino, cultivar los hábitos morales, desarraigar los vicios, hartar el tejido social de tolerancia, desenredar la telaraña del vivir en comunidad y ciudadanía... Es cierto que por todas partes se impone el dinero, doquiera se venden los tribunales, se violan las leyes, no se respeta la justicia, habitan la transgresión y perversidad, se entronizan las guerras, incluso simbólicas, se aplasta todo lo que permite el sano vivir...

Pero brilla una lucecita en este tormentoso mar de la vida; es la educación. No es la panacea para regular la ciudadanía y la cultura; no obstante, es un faro que ilumina la noche del navegante en dirección a un plausible puerto seguro. Esta lucecita, al iluminar la noche de las incertidumbres y dudas, se convierte en un camino de esperanza, lo único afortunadamente que quedó encerrado en la caja de Pandora. Es que a todo relato de caída lo acompaña un relato de salvación como bien ha mostrado Ricoeur (1986). Somos seres de conflicto y seres de mediaciones: el conflicto es productivo. Allí juega un papel clave la educación como mediación ética y política y equilibrio reflexivo en medio del desgarramiento social como consenso conflictivo que mora entre la poética del amor y la prosa de la justicia (Ricoeur, 2009, p. 33). Ella hace posible la democracia como *isonomía* o igualdad ante la ley, *isegoría* o igualdad en el uso de la palabra e *isomoiría* como distribución equitativa de la riqueza. Si ello se cumple arribamos a un deseo de vida buena con y para los otros en instituciones justas (Ricoeur, 2008).

Esta poética del amor y prosa de la justicia hace que el amor sea la atmósfera y horizonte en que puede acaecer la justicia, lo cual lleva a plantear las relaciones sociales en términos de perdón y justicia como los dos ejes para combatir la corrupción. La razón es que pensamos lo justo como el no dañar al otro, lo que conlleva hospitalidad y generosidad. Además de la coerción, siempre necesaria en la vida social, se da la pedagogía amorosa. La resolución de este conflicto entre coerción y amor es la tarea política de todos los ciudadanos. Planteamos que una economía del don y de la justicia como unidad en la contrariedad es el camino plausible para regular la corrupción. Esta contrariedad regulada es la tarea educativa que debe empeñarse en un darse y en un ser justos no dañando al otro en una dialéctica del sí mismo en tanto otro, como plantea Ricoeur. Estar traspasados por el sentido de la justicia y de la solicitud es la teleología de las relaciones humanas. Obligaciones, normas, deberes, pero también amor, donación, gratuidad, son parte fundamental de la vida ética como un vivir-juntos concertando y regulando la violencia desde una lógica de la abundancia y de la esperanza (Ricoeur, 1996).

9. Esta lógica de la abundancia y de la esperanza no es otra que, como dice Nussbaun, el cultivo de la humanidad a través de la educación (Nussbaun, 2005, pp. 319-327). Esta es fuente de capital humano, capital cultural y capital social (Unesco, 1996, p. 243). Teleológicamente apunta a la formación humana en su plenitud desde la cuna hasta la tumba. Se debe rescatar la categoría alemana de *Bildung*, la griega de *Paideia* y la latina de *humanitas*. La *Bildung* es la actualización de la perfectibilidad humana, es modelar la forma humana en su totalidad, es refinamiento de las costumbres, desarrollo de las fuerzas humanas como totalidad envolvente, *autopoiésis*

como auto creación de valores que fecunden la vida humana, educación para la vida como la obra maestra que hay que fabricar sin amputarle nada en su singularidad y proyección social, una toma de conciencia de nuestras capacidades. La *paideia* es formación moral y régimen de vida (*Fedón* 107d), forma de vida que modela esta en toda su vitalidad desde el logos; la naturaleza del hombre es su *paideia*. Así como el escultor modela su obra, la pule y mimar, así el hombre debe modelar, cuidar y mimar su vida y convertirla en una obra de arte. La *humanitas* es el cultivo de lo humano del hombre, el conjunto de caracteres que definen la naturaleza humana, el saber vivir humanamente. Cicerón nos lo aclara muy bien: así como hay un cultivo del campo que es la agricultura, del mismo modo hay un cultivo del hombre que es la cultura (*Tusculanas*, II, 13).

Si ello es así, terminemos diciendo con Séneca: “*pronto exhalaremos nuestro último suspiro. Mientras tanto, mientras vivamos, mientras nos encontremos entre los seres humanos, cultivemos nuestra humanidad*” (*De la ira*, III, 43).

## Referencias

- Aubenque, P. (1999). *La prudencia en Aristóteles*. Barcelona: Crítica
- Bolívar, S. (2015). *Carta de Jamaica*. Caracas: Comisión Presidencial para la Conmemoración del Bicentenario de la Carta de Jamaica
- Brading, D. (1998). *Orbe Indiano*. México: FCE
- Camps, V. (1996). *Virtudes públicas*. Madrid: Espasa Calpe
- De Romilly, J. (2010). *La Grecia antigua contra la violencia*. Madrid: Gredos
- Foucault, M. (2002). *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: FCE
- Foucault, M. (2010). *El coraje de la verdad*. México: FCE
- Lefèvre, Ch. (1995). *Por un enfoque filosófico de la valeur*. Lille: Universidad de Lille
- Macintyre, A. (1992). *Tres versiones rivales de la ética*. Madrid: Rialp
- Mas Torres, S. (2003). *Ethos y Pólis*. Madrid: Istmo
- Moreno, J. (2006). *Geosofía y otros ensayos*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia
- Nussbaum, M. (2012). *Sin fines de lucro*. Buenos Aires: Kats Editores
- Ricoeur, P. (1986). *Finitud y culpabilidad*. Madrid: Taurus
- Ricoeur, P. (1996). *Sí mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI
- Ricoeur, P. (2008). *Lo justo 2*. Madrid: Trotta
- Ricoeur, P. (2009). *Amor y justicia*. México: Siglo XXI
- Soto Posada, G. (1996). *El cuidado de sí y sus implicaciones éticas*. Medellín, La Salle
- Soto Posada, G. et al. (2017). Las humanidades encierran un tesoro. *Revista Lasallista de investigación*. 14 (2), pp. 180-191
- Soto Sierra, R. (2003). *Kairo-Teo-Ontología en algunos pensadores grecorromanos*. Puerto Rico: Caeros
- Tischner, J. (1983). *Ética de la solidaridad*. Madrid: Ediciones Encuentro
- Unesco. (1996). *La educación encierra un tesoro*. Madrid: Unesco- Santillana
- Uribe Carvajal, A. (2009). *Cultura y espiritualidad*. Medellín: UPB

Uribe Ferrer, R. (2016). *Problemas fundamentales de la filosofía*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto

Walzer, M. (1997). *Communité, citoyenéeté et jouissance des droits*. *Esprit* 230-231 pp.122-131

Zubiri, X. (1982). *Siete ensayos de antropología filosófica*. Bogotá: USTA

Zubiri, X (1983). *Cinco lecciones de filosofía*. Madrid: Alianza editorial

Zuleta, E. (1998). *Colombia: Violencia, democracia y derechos humanos*. Cali: Fundación Estanislao Zuleta